

Cultura y Ocio

DE LIBROS

“Sólo gracias a las historias la realidad cobra sentido”

Juan Villoro publica una singular crónica del terremoto que sufrió Chile en 2010



Juan Villoro (Ciudad de México, 1956) regresa a la crónica, uno de sus géneros preferidos, en '8.8: El miedo en el espejo'.

FRANCESC FERNÁNDEZ

biera tenido la oportunidad de hablar con los otros supervivientes en clave muy personal de lo que había pasado. Muchas veces se critica a los corresponsales de guerra que hacen su crónica desde un hotel, y justamente lo que yo traté de hacer es una crónica de hotel, pensando en esa gente que estaba de paso en Santiago y estuvo a punto de quedarse allí para siempre, sepultada por el edificio. Llegó la gente a una sinceridad muy especial: empezaron a contar los presagios que habían sentido, los miedos, las cosas que temían perder... De ese conjunto de voces dispersas surgió el libro. Y también, sobre todo, de la necesidad de sacármelo de encima, como una catarsis.

–Más allá de la literatura gótica o de terror, de sus formas y temas más o menos genéricos, ¿qué papel juega el miedo en la literatura?

–El miedo es precisamente uno de los elementos más característicos de la literatura infantil. A los niños les gusta sentir de manera deliciosa que hay una amenaza. La literatura infantil es el territorio de los ogros, de las brujas, de las casas he-

EXAMEN DE CONCIENCIA

“ El libro es una celebración de la vida, pero también un asomo a las responsabilidades que conlleva estar vivo”

chizadas, de los bosques malignos, y ese miedo se supera en el final feliz. En la vida adulta el miedo se niega y se oculta, en ocasiones porque uno considera inmaduro expresarlo. Hay expresiones hedonistas del miedo, como el cine *gore* o la literatura de terror, pero se consumen pensando que ahí está controlado. Lo raro es que un adulto se abandone al miedo, que reconozca que lo tiene, y que todas sus reacciones dependan de él. Es lo que pasa con los cataclismos. En el congreso habíamos estado especulando teóricamente sobre las posibilidades creativas del miedo, y de repente, como en un cuento de hadas, a las 03:30 de la mañana, la tierra se abrió y nos convertimos en esos personajes de los que hablábamos, y naturalmente nuestras reacciones fueron de lo infantil a lo irracional. ¿Cómo afrontar algo con lo que no se cuenta? De ese elemento imponderable trato de hablar en el libro. Por eso acudí a un cuento clásico, *El terremoto en Chile*, de Heinrich von Kleist, que trata de la relación entre la providencia, el azar y el destino.

–Su obsesión llegó a tal punto que sólo podía hablar y escribir del terremoto. ¿Había sentido anteriormente esta clase de necesidad imperiosa y acaparadora?

–La verdad es que nunca. Todos los que escribimos de pronto sentimos necesidad de escribir algo, pero no siempre sabemos qué es es. De hecho, escribimos un libro para averiguarlo. No, nunca antes me había



LA ENTREVISTA DE LA SEMANA

Juan Villoro

Francisco Camero

Durante mucho tiempo a Juan Villoro le gustaron los terremotos. Imaginaba, en las duermevelas de su niñez, que su padre era un gigante protector cuyos pasos por el pasillo de casa hacían temblar las paredes de su dormitorio. El reconfortante velo onírico de estos recuerdos adquirió oscuridad y espesor de pesadilla el 19 de septiembre de 1985. Ese día, un terremoto particularmente devastador sacudió Ciudad de México. Varios de sus amigos murieron junto con muchos otros miles de personas, y desde entonces para el escritor “todos los objetos son sismógrafos accidentales”.

El 27 de febrero del año pasado, el autor estaba en Santiago de Chile, invitado por una editorial a un congreso de literatura infantil. Esa madrugada le tocó vivir el quinto mayor seísmo de la historia. De 8.8 grados en la escala de Richter, el terremoto removió los cimientos de

la capital y del centro y el sur del país –la ciudad de Concepción se desplazó más de tres metros– y acortó en 1.26 microsegundos la duración del día en todo el planeta. A aquellos “siete segundos eternos” le sucedieron decenas de réplicas, pero las mayores de éstas fueron para él las psicológicas. Si durante el fragor se sintió “en un umbral indescifrable entre la vida y la muerte”, poco después le consumió la sensación de irrealidad. “No era normal estar vivo. El alma tardaba en regresar al cuerpo”, escribe en *8.8: El miedo en el espejo* (Candaya), un relato absolutamente personal de aquellos hechos; y una crónica que trasciende sus fronteras genéricas para acabar exponiendo una reflexión acerca de los límites de la voluntad humana, sobre cómo encarar la vida cuando irrumpe lo inesperado, en este caso con la fuerza ciega y terrible de una Naturaleza indiferente.

Autor de novelas como *El testigo* (Premio Herralde 2004) y *El disparo de argón*; de libros de cuentos como *La casa pierde* y *Los culpables*; de ensayos deliciosos como *Efectos personales* y *De eso se trata* (ambos literarios) o *Dios es redondo* (dictado con humor fatalista y memoria

prodigiosa por el futbolero irredento que es), Villoro es uno de los escritores más interesantes de su generación en el ámbito hispano, y por descontado una de las voces ineludibles de las letras mexicanas contemporáneas. Su prosa tersa y de ritmo magnético, su empleo de la ironía como elegante analgésico para la melancolía y los dolores íntimos y los poderosos chispazos

FRAGILIDAD

“ Sabemos que tarde o temprano puede ocurrir algo, pero para tranquilizarnos, o quizás por arrogancia, vivimos de espaldas a esa posibilidad”

que delatan su pasión por el aforismo, algunos de los rasgos que definen su manera de mirar y comentar la vida, están presentes en su nuevo trabajo. En él deja constancia una vez más de su pasión por el periodismo, que nunca ha dejado de frecuentar como cronista, crítico o director de revistas culturales.

–¿Qué deberíamos aprender de las

catástrofes naturales pero aún no hemos aprendido?

–No solemos estar preparados para la idea de accidente. Es la primera lección que nos da la naturaleza. Todos sabemos que tarde o temprano puede ocurrir algo inesperado, pero vivimos –para tranquilizarnos, o quizás por la arrogancia de pensar que controlamos el entorno– de espaldas a esa posibilidad. Los terremotos nos recuerdan la fragilidad no solamente de la vida individual, sino también de la forma en que reaccionamos colectivamente a la tragedia.

–Dice usted: “Desconfío de los que en momentos de peligro tienen más opiniones que miedo”. ¿Es de los que piensan que en estas experiencias se conoce la verdadera cara de las personas?

–Salen reacciones muy extremas, las más generosas y las más mezquinas. Hay una solidaridad que sólo se expresa en ese momento, pero también hay posibilidades de pillaje, abusos, etcétera, que aprovechan una situación excepcional. Creo que en los terremotos no sólo caen los muros de las casas, sino en cierto modo también los de las personas. A mí no se me hubiera ocurrido escribir este libro si no hu-

pasado que un libro, por escribirlo yo, me permitiera dormir, recuperar la vida más o menos normal. Me sentía como un marinero en tierra, mareado por haber estado en alta mar, y sólo al terminarlo pude pacificar este sentimiento. No es un libro de denuncia ni es tremendista; al contrario, es una celebración de la posibilidad de vivir, pero también un asomo a las responsabilidades que conlleva estar vivo.

-En el libro habla de la extraña condición de "víctima omitida", del examen de conciencia que ésta acarrea. ¿Cambió en algo su forma de pensar o de actuar después de esta experiencia?

-Me gustaría pensar que sí. Recuerdo que después del terremoto del 85 en el D.F. mucha gente cambió de trabajo, cambió de ciudad, cambió de pareja, cambió de religión. No se trata de ver una luz como en una anunciación religiosa, sino simplemente de la posibilidad de valorar cada segundo de otro modo, de saber deshacerse de toda la hojarasca. La vida está llena de distracciones. Desde Chile he tratado de ser fiel a mi examen de con-



Imagen del 28 de febrero de 2010: labores de búsqueda en un edificio derrumbado en Concepción.

HORIZONTE DE CAMBIO

“ Los diarios no pueden rehuir su fortaleza. La empatía que se genera al leer algo que nos conmueve construye el gran periodismo”

ciencia. Tengo algunos recordatorios supersticiosos al respecto: por ejemplo, en la tecla de *redial* [rellamada] de mi teléfono se quedó fijo el número del hotel de Santiago; no he querido repararlo. Algo de mí se quedó allá y no quiero perder esa experiencia. Sí, desde entonces trato de ocuparme de lo que es más importante.

-Por lo que decía antes, deduzco que cree en las cualidades curativas de la literatura...

-Creo que sí, que la literatura es un proceso de sanación. Lo he visto en muchos casos. Yo creo que es como un paracaídas: en momentos normales sólo los espíritus arriesgados lo usan, pero en casos de vida o muerte es capaz de salvar a cualquiera. Para mí este libro se me impuso precisamente como una tera-

pia personal. No pensé demasiado en su extensión ni en su forma: quise sacármelo de encima, y en este sentido es el libro más sincero que he escrito.

-La relación con los periódicos es algo insoslayable en su carrera. Por lo tanto sabrá perfectamente que desde hace tiempo la tendencia general es la reducción de los espacios para contar historias, o de espacios, a secas. También conoce la tiranía de la actualidad y de las agendas institucionales, que han arrinconado géneros como la crónica. ¿Por qué cree que ha sucedido esto, y a qué virtudes está renunciando un periódico al desplazar este tipo de géneros?

-Atravesamos un momento de desconfianza. Los periódicos han perdido las certezas en sus propios méritos y están tratando de imitar otros soportes, como las webs y las redes sociales. Los periodistas están cada vez más gordos, porque

cada vez trabajan más de manera sedentaria a partir de internet, y los periódicos están vez más flacos. Yo tengo la idea de que es un periodo transitorio. El periodismo escrito no puede rehuir su fortaleza, negar sus propias virtudes. La crónica establece un vínculo muy certero entre lo público y lo privado. Sólo a través de ella podemos saber cómo la historia del mundo le afecta a personas que tienen un destino particular; en la crónica logramos aliar de manera eficaz la información de las noticias con la emoción de quienes las padecen. Y la empatía que se genera al leer algo que nos conmueve, que nos afecta, es lo que construye el gran periodismo. La crónica tiene futuro, pero necesita espacio y tiempo para poderse fraguar. Creo que poco a poco iremos recuperando espacios para este tipo de textos, no podemos renunciar a explicarnos el mundo a través de historias. Poco a poco van

a ir regresando a los diarios, a medida que éstos se den cuenta de que pueden defender una cultura de la letra que no está en internet. Probablemente habrá periódicos cada vez más especializados en historias, en el formato papel, y en cambio en los soportes electrónicos tendremos periódicos de muchísimas noticias que irán cambiando velozmente. Estamos en un horizonte de cambio, y en él debemos defender el papel de las historias porque son necesarias para explicarnos el mundo. Sólo gracias a las historias la realidad cobra sentido.

-México juega un papel central en sus obras. Con perspectiva de ciudadano, ¿cómo ha vivido la evolución del país en los últimos años y con qué ánimo observa su presente?

-Vivimos una situación terrible de descomposición social. En cuatro años han muerto 40.000 personas en la guerra contra el narcotráfico,

que es una guerra mal planeada porque se desconocía al enemigo y se afrontó en condiciones muy absurdas. Desgraciadamente ha afectado también a la población: ha habido víctimas en la sociedad civil, el crimen organizado ha pasado al narcoterrorismo, se han arrojado granadas contra multitudes indefensas, se han cerrado carreteras... Y se ha combatido el crimen como si tuviera sólo una causa, como si sólo fuera un negocio ilegal que debe ser destruido por la fuerza. No se ha visto que es un problema social. Para muchas personas la mejor opción económica, social, de sentido de pertenencia, es el narcotráfico. No tienen otras alternativas. La verdadera solución a largo plazo tiene que pasar por la cultura y la educación. Yo creo que un joven que lee tiene menos posibilidades de convertirse en un criminal que alguien que no ha leído nunca. Esto lo entendió Colombia. Una de las asignaturas pendientes de México es combatir el crimen organizado no sólo con balas, sino sobre todo desde la creación de espacios culturales y la recuperación de un tejido social.

MÉXICO

“ Se ha combatido el crimen como si tuviera sólo una causa, como si sólo fuera un negocio ilegal. No se ha visto el problema social”

-Candaya va a publicar tras el verano un volumen de ensayos literarios dedicados a su obra. ¿Cómo vive usted, que tanto ha escrito de otros, el haberse convertido en objeto de estudio?

-Por un lado me da mucho gusto, por el otro siento un poco de alarma, porque parece uno un poco a un autor póstumo. Pero es algo inevitable. Nadie puede escapar a la resonancia de lo que hace en un sentido positivo o negativo, por lo que hay que aceptarlo y agradecerlo. La respuesta crítica a lo que hace un escritor solamente puede ser bienvenida. Nada sería tan triste como escribir en el vacío, de modo que encuentro esto como las respuestas a cartas que no escribí a esas personas pero que ahora me han llegado a mí por ventura.

Historia de un hombre sencillo

KIPPS

H. G. Wells. Ed. y trad. Miguel Ángel Pérez. Cátedra. Madrid, 2011. 440 páginas. 16 euros.

Ignacio F. Garmendia

Celebrado por novelas tan populares como *La máquina del tiempo* (1895), *La isla del doctor Moreau* (1896), *El hombre invisible* (1897) o *La guerra de los mundos* (1898), obras pioneras de la ciencia ficción que lo han convertido en uno de los

clásicos del género, Wells (1866-1946) escribió muchos otros libros -más de un centenar de ellos, incluyendo ensayos de las más variadas disciplinas- muy alejados de la literatura fantástica. Ya era un autor muy conocido a comienzos del siglo, cuando deseaba imprimir un nuevo rumbo a su trayectoria que le permitiera ganar prestigio. Desdeñoso del estilo, concebía el arte de la novela de un modo instrumental, como medio de influir en la socie-

dad de acuerdo con sus ideales reformistas. Logró una enorme proyección pública en los principales debates de su tiempo, pero este creciente afán pedagógico se convirtió en un lastre para su obra narrativa.



No es del todo -todavía- el caso de *Kipps* (1905), gráficamente

subtitulada *The Story of a Simple Soul*, que el responsable de esta edición, Miguel Ángel Pérez, describe como una de las novelas parcialmente autobiográficas de la segunda etapa de Wells. Del mismo modo que su ingenuo protagonista, el autor había trabajado como aprendiz en una tienda de tejidos, por lo que puede afirmarse con toda propiedad que conocía bien el paño. Pero la inequívoca intención del narrador -él mismo la expresa con dema-

siada frecuencia- a la hora de contar la historia de un muchacho sin recursos al que le cambia la vida después de recibir una herencia, aparece enriquecida por un componente cómico que es el que otorga su mejor perfil a la novela. Wells se burla a veces de su personaje, pero lo hace de un modo compasivo y en el marco de un relato de tono amable, dickensiano, que comprende la perplejidad del desclasado y tampoco se muestra absolutamente implacable con la hipocresía de su nuevo entorno. Novela de ideas, en efecto, pero en la que el pensador aún no había absorbido al novelista.